

La palabra empeñada y el peso de lo desolador

05/03/2026

La realidad argentina, en su vertiginosa capacidad de degradación, parece haber alcanzado un punto de saturación donde incluso las voces que inicialmente otorgaron un crédito de confianza al actual proceso político comienzan a revisar su discurso. Las recientes declaraciones de Guillermo Francella, calificando la situación social y económica como «desoladora», no deben leerse simplemente como la opinión de un actor de fuste, sino como el síntoma de un clima de época que empieza a resquebrajarse bajo el peso de la crisis generalizada.

Resulta analíticamente relevante observar este desplazamiento. Hace apenas unos meses, el actor pedía «esperanza» y paciencia ante el cambio de paradigma propuesto por el mileísmo. Hoy, frente al impacto de la recesión y la licuación de los ingresos, esa expectativa cede paso a una descripción cruda de la cotidianeidad. A lo largo y ancho del país, este sentimiento de desolación no es una abstracción, se palpa -y se padece- día a día.

No se trata solo de la crisis en el sector cultural o del espectáculo, sino de una parálisis sistémica que afecta la base material de la sociedad. Cuando la realidad golpea las puertas de quienes tienen visibilidad pública, lo que emerge es la evidencia de un contrato electoral que se tensa ante la ausencia de resultados tangibles para el ciudadano de a pie.

Si la percepción generalizada vira hacia la desolación, el riesgo de una fractura irreversible en el contrato democrático se vuelve una posibilidad latente. El Ejecutivo Nacional, en su afán de equilibrio fiscal, parece haber olvidado que detrás de los números hay personas que ya no encuentran en el discurso oficial el consuelo necesario para afrontar una

realidad que, efectivamente, se ha vuelto desoladora.